



Yolanda Navas

RASSEN

Muérete, Luna

Rasen

Muérete Luna

Yolanda Navas

Primera edición: mayo de 2025

© Copyright de la obra: Yolanda Navas

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990262-2-1

Código ISBN digital: 979-13-990262-3-8

Depósito legal: B 7884-2025

Corrección: Teresa Ponce

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Capítulo 1

Bruma, 13 de abril de...

El bosque de Bruma despertaba de su letargo invernal; el viento echaba a volar golondrinas, mecía las copas de los árboles y hacía surcos en el agua. Los picos altos de las montañas se teñían de verde y entre las nubes grises del cielo había un sol como pintado, que no desprendía ni luz ni calor. La única calidez, que hacía retroceder la niebla y la perfumaba de flores y especias, provenía de los jardines y de la cocina del internado femenino Institución Blake, un antiguo monasterio de estilo gótico, situado en la colina más alta de la fraga de Salomón y administrado por la congregación de las Hermanas de las Trece Llagas.

Aquel era un día especial, pues el difunto capitán George Blake (fundador, mecenas y antiguo propietario del terreno en el que estaba construido el centro) hubiera cumplido cien años. No era de extrañar, entonces, que las habituales celebraciones a puerta cerrada se hubieran convertido en un evento tan concurrido y solemne que incluso la nuera y los bisnietos del homenajeado tenían previsto asistir desde Grecia. Hasta cabía la posibilidad de que la prensa nacional, atraída por personajes tan célebres, enviase a alguno de sus mejores corresponsales, una deferencia inusual, que tenía alborotadas a las autoridades brumenses, hartas de la monotonía propia de localidades tan pequeñas.

Tras pasar a ser una propiedad privada a finales de la década de los cuarenta, el internado había ido deshaciéndose de cualquier vestigio que recordara a sus etapas como manicomio y como orfanato de posguerra. Pero, a pesar del esfuerzo y del dinero invertido en ello, las

malas lenguas insistían en señalar que, mientras cobijara a las hijas mimadas, rebeldes y repudiadas de las clases altas, sería una mezcla de ambas cosas. Por fortuna, ni rumores ni críticas impedían que llevara décadas situándose entre los tres centros educativos europeos más valorados de su rango, un mérito que se debía en gran parte a la gestión que su directora, sor Constanza, hacía de los recursos que le proporcionaba la familia Blake. Esta, a través de TSC (su fundación benéfica), se ocupaba de todo lo necesario a nivel material y de la contratación de los mejores educadores y profesionales externos. Entre estos últimos se encontraban un premio nobel, una campeona olímpica, un antiguo ayudante de cámara de la realeza británica y la psiquiatra de la élite: la doctora Clara de la Vega.

De la Vega era la única brumense de la plantilla y se encargaba de la salud mental de las alumnas dos veces por semana. Luna era una de esas afortunadas.

En mitad de los arriates que rodeaban el huerto, ajena a los preparativos del festejo y como una alimaña aletargada más, Luna pretendía llenarse de esa luz y de ese calor esquivos, que solo ella parecía añorar en aquel lugar. A sus casi diecisiete años, había visto derrumbarse demasiadas veces sus castillos en el aire, cediendo bajo el peso de promesas incumplidas, sueños rotos y buenos propósitos malogrados. Estaba congelada, atrapada en el invierno eterno de un pasado atroz. Y sabía que ni la doctora De la Vega ni sus pastillas mágicas podían liberarla.

—«En el mundo tendréis aflicción».

Cada palabra fluía de sus labios de forma automática. Tenía la mandíbula rígida, pero su barbilla temblaba. El corazón revoloteaba en círculos bajo su pecho, al igual que sus ojos bajo sus párpados. Estaba paralizada, pero solo en

apariencia; huía. Volvía a ser una niña aterrada adentrándose en un bosque en llamas. La oscuridad de la noche y el fuego trazaban senderos de humo para sus pies descalzos y ella recorría aquel laberinto en llamas como un pequeño roedor. No había tiempo para mirar atrás. Imposible descubrir la identidad de quién o quiénes la perseguían. Fotograma a fotograma, sus pesadillas se proyectaban en su mente incluso estando despierta: cadáveres degollados, gritos, disparos, un precipicio y la sensación de caer al vacío. Mariposas eléctricas en el estómago, un enorme pájaro volando sobre su cabeza y alfileres clavándose en sus hombros.

—¿Luna?

—«Yo he vencido al mundo».

Mina se quedó petrificada al sorprender a su compañera en pleno trance, descalza, barbilla alzada, ojos cerrados y brazos en cruz. Su cuerpecillo, flaco y pálido, parecía tan rígido como el palo de una escoba. Murmuraba uno de sus mantras y parecía haber olvidado que tenía las manos ensangrentadas. Si alguien más llegaba a verla en ese estado todo estaría perdido para ambas.

—¡Luna!

Luna sabía que Mina estaba cerca y que había pronunciado su nombre, pero necesitó oírsele decir esa segunda vez para poder procesarlo. Al abrirse, sus ojillos azules no lograron enfocar nada hasta pasados unos segundos. Su consciencia regresó entonces al interior de los vastos muros de piedra. Su respiración y los latidos de su corazón se fundieron con ruidos de tormenta, tañidos de campana, rezos y aporreos de piano.

—¡Luna! ¿Qué haces ahí parada? —le preguntó Mina, sin dar crédito, acortando distancias y llevándose las manos a la cabeza—. Acordamos que yo entraría primero, llevaría las bayas de enebro a la cocina y te abriría la ventana de

nuestra habitación para que pudieras colarte sin que te vieran.

—Lo siento, yo... Cuando lo vi, yo... No podía respirar...

Luna no sabía cómo explicarle a su amiga que dos cadáveres en una sola mañana eran demasiados para cualquiera, aunque el segundo solo fuera el de un pequeño cigojino. Avergonzada, se lo señaló con un dedo. Mina, que había estado a punto de pisarlo, se hizo a un lado para observar cómo las hormigas dibujaban su silueta en la tierra. Después alzó la mirada hasta el tejado de la capilla, donde la madre del pobre polluelo atendía a sus hermanos en el nido, y crotoraba, con el mismo pico puntiagudo y afilado con el que lo había herido antes de arrojarlo al vacío.

—¿Es el que Martín devolvió allá arriba? ¿El que encontraste herido en pleno temporal? —quiso confirmar.

Luna susurró un «sí» resignado y sus ojos se cuajaron de lágrimas. Sus emociones seguían fuera de control y sabía que en el fondo no tenía nada que ver con el polluelo, ni siquiera con la chica que acababan de dejar desangrándose en el bosque. Como siempre, se trataba de las consecuencias de intentar burlar al destino.

—Martín me advirtió que el polluelo estaba condenado, pero yo insistí. Quise trepar por el tejadillo y no me dejó... Él lo hizo por mí —confesó, llevándose dos dedos a su sien derecha. Deslizó las yemas manchadas de sangre seca por la fina cicatriz bajo su pómulo. Apenas el inicio de la que la recorría, a trazos y en espiral, desde la cabeza hasta los pies—. No debí intervenir... Las excepciones somos un error, no un milagro.

Los temores de Mina se reflejaron en su cara y en su voz.

—¿Estás segura de que sor Antonia te está dando la medicación correcta? —preguntó—. Ya sabes que se distrae con facilidad...

Luna asintió. De forma inconsciente cruzó los brazos sobre su pecho, se abrazó a sí misma y empezó a balancearse suavemente hacia adelante y hacia atrás.

—Acompañé a sor Antonia a la enfermería —aseguró, con la mirada clavada de nuevo en el tejado.

Luna sufría de estrés postraumático. Un trastorno mental que, junto con otros muchos síntomas horribles, en ella se manifestaba bloqueándola ante situaciones que le resultaban estresantes. Mina era su compañera de cuarto y estaba tan acostumbrada a lidiar con sus crisis que incluso podía predecir cuándo tendrían lugar. Sin embargo, aquella había aparecido por sorpresa, pues no contaba con que llegara antes de la medianoche (cuando estuvieran a cientos de kilómetros de distancia la una de la otra). Pero ¿cómo sospechar que una última salida conjunta al bosque pondría en riesgo la recompensa de años de sacrificio? No tenía derecho a culparla por su mente enferma (aunque hubiera escogido el peor momento para filosofar sobre su propia existencia). Sabía que sería injusto y cruel enfadarse, pero lo hizo.

—¿Por qué sigues ahí parada? ¡Siempre andas quejándote de que te tratan como si estuvieras poseída por Satán y montas una escena que haría resucitar a Torquemada! Y precisamente hoy... —le recriminó, a la par que cogía sus mocasines del suelo y se los arrojaba junto a los pies—. ¡Póntelos! Tenemos veinte minutos para entrar, asearnos, cambiarnos de ropa y formar con las demás en el jardín delantero, antes de que lleguen los invitados al homenaje.

—No sabía que tenía tan mala pinta —aseguró Luna, a modo de disculpa, agachando la cabeza y esforzándose de nuevo por contener el llanto.

Solo quería regresar a su cuarto y encerrarse allí para siempre.

—¿Mala pinta? Eso depende de cómo interpretes el consejo de sor Francisca de hacer todo lo posible por impresionar a tu nueva familia de acogida.

Con su respuesta Mina no pretendía resultar graciosa, a pesar de ello logró arrancarle una media sonrisita a Luna, que enseguida siguió hundiéndose en una marea de predicciones trágicas y sentimientos de culpa.

—Las dos sabemos que, haga lo que haga, los Belmonte me traerán de vuelta en cuestión de semanas —dijo.

Dejó de mecerse. Escudriñó con la mirada los alrededores. No logró encontrar sus calcetines, así que no le quedó otra que meter los pies rebozados en barro directamente en los zapatos. La experiencia fue aún menos agradable de lo que esperaba.

Mina aspiró hondo e intentó focalizar sus pensamientos en que, a partir de las seis de la tarde de aquel día, y tanto si todo salía según lo previsto como si no, Luna ya no sería responsabilidad suya. La agarró de un antebrazo, la sacó de los arriates y la arrastró a toda prisa hasta la pequeña fuente de pared que nutría las acequias del huerto. Una vez allí, y usando los azulejos tornasolados que la revestían como espejo, intentó poner en orden su uniforme y su espesa melena oscura.

—Límpiate, deja la mente en blanco y pon esa cara falsa tuya, de falsa paz interior, que hace que sor Pilar se santigüe al verte pasar —ordenó al tiempo. Sus ojos castaños se habían vuelto casi negros y tenía los labios tan apretados que casi no se la entendía al hablar—. Tenemos que largarnos. ¡Las dos! Recuerda que, aunque renunciara

a estudiar en la universidad de mis sueños, a mi edad ya no se me permite seguir aquí. ¿Lo entiendes?

Luna, cabizbaja y encogida, murmuró de nuevo un «sí», pero esa vez cargado de temor y tristeza. Intentó evocar en su mente recuerdos de momentos hermosos, que sustituyeran los que la afligían, pero, como la chica del bosque, cada imagen se desvanecía tiñéndose de rojo y cubriéndose de hormigas. Tal y como la doctora De la Vega recomendaba, trató de tararear mentalmente una cancioncilla feliz, pero no logró concentrarse. Imposible hacerlo con las piedrecitas clavadas en las plantas de sus pies, el picor de las ronchas que empezaban a extenderse por su pecho, el croreo en el tejado, el piano y el olor pestilente que salía del desagüe de la fuente. Cuanto más se esforzaba por levantar una barrera entre sus sentidos y el resto del mundo, más rápido le latía el corazón, más le costaba respirar y mantener la mente clara. Mina abrió el grifo y ella metió las manos bajo el chorro de agua helada. Al instante sus dedos se pusieron rígidos y la piel se le erizó. Se encontró sin quererlo con su cara reflejada en los azulejos; su nariz y sus ojos hinchados delataban que había estado llorando. Mientras intentaba deshacerse de la sangre entre sus dedos y bajo sus uñas, y del recuerdo de cómo había llegado hasta ahí, volvió a sonreír, un gesto irónico y fugaz que pereció en la tristeza que solía habitar en sus ojos y en sus labios. «Yo también debería estar muerta», pensó. Un recordatorio que ejerció de reflexión y advertencia.

—¿Crees que la chica podría estar en coma o algo así?
—preguntó en un impulso, con una vocecilla, sacudiendo las manos en el aire para intentar secarlas.

Mina arqueó las cejas y la atravesó con una mirada asesina. Acababa de cumplir los dieciocho, se había graduado y ya no tenía por qué seguir representando el

papel de hermana mayor. Apretó los puños y aspiró hondo antes de lanzar otra pregunta como respuesta.

—¿Te parece que podría estarlo tu cigoñino?

Luna fingió no haberla oído. Como única responsable del desastre, no tenía derecho a ofenderse. Mina le hizo un gesto para que se agazapara entre unos arbustos y la siguiera en el arriesgado camino de vuelta a su dormitorio. Con un nudo en la garganta y el estómago revuelto, Luna se convirtió en su sombra.

Aunque desde fuera se apreciara como una única construcción de cuatro plantas, el internado estaba formado por tres edificios independientes unidos entre sí por galerías. En su parte central se situaba el primigenio convento, con las celdas de las hermanas y las oficinas. En el ala izquierda había una pequeña capilla con columbario y en el ala derecha se encontraba todo lo relacionado con el alumnado, incluyendo los dormitorios y las aulas. Mediante jardines y fuentes, el compás del convento se había extendido hasta abarcar todo lo ancho de la fachada común, del mismo modo que su patio posterior. Tras este, aislados por un murete bajo, se hallaban el invernadero, el cobertizo y el huerto. Mina empezó a correr a través de este último, en dirección al patio. A esa hora, el único que solía rondar la zona era Martín, un viejo amigo de sor Constanza, que hacía las veces de jardinero (cuando no estaba supervisando unas obras en el compás).

—¡Baja más la cabeza! —le regañó Mina a Luna, cuando ya no podían resguardarse tras árboles y setos—. Y deja de pensar en esa estúpida del bosque. ¡Ella solita se lo buscó!

Luna sabía que la frialdad de su amiga era una pose, un escudo que blandía para proteger un alma noble y sensible. Estaba segura. Sin embargo, su fingida falta de empatía hacia los demás parecía algo demasiado real en ese momento, algo perturbador, como si siempre hubiera

estado ahí, formando parte de su personalidad y solapado bajo lo que los libros de filosofía que Martín le prestaba definían como resiliencia. Si llegaba a saberse que estaban implicadas en la muerte de la chica del bosque, sus vidas quedarían destruidas, pero ¿justificaba eso el comportamiento de Mina? Ella solía acusarla de ser demasiado sensible, de preocuparse en exceso por todo, de vivir en un constante estado de alarma y paralizada por el miedo. Sabía que no le faltaba razón, al igual que sabía que en aquella ocasión el problema no era su fragilidad, ni su tendencia a sobredimensionar las cosas: el problema era que Mina estaba minimizando un crimen. ¿Se estaba haciendo la fuerte para protegerla? ¿Debía intentar que bajara la guardia y que se desahogara?

—Cada vez que cierro los ojos veo a esas hormigas trepando por su pelo —tanteó, esperando otra confesión por su parte.

Se habían escondido tras uno de los múltiples bancos de piedra que había diseminados en el exterior. Desde ahí debían comprobar si los balcones y ventanas con vistas al patio estaban despejados.

—Devorar o ser devorado; jugar, aunque no te gusten las normas del juego —sentenció Mina, ladeando la cabeza como señal de que tenían vía libre para seguir avanzando.

Las palabras de Mina reforzaron el sentimiento de culpa de Luna. Era lógico, teniendo en cuenta lo mucho que había insistido en enfrentar a la chica del bosque, aunque sabía que el asunto se les podía ir de las manos... Ya había sucedido antes... Incluso la propia Mina se lo llevaba advirtiendo desde días atrás: «Déjalo correr —le había dicho—. Si nos atrapan será nuestro final».

—Me responsabilizaré de todo: les diré a las autoridades que fui sola... Los convenceré de que te dejé en el camino, recogiendo las bayas de los enebros —afirmó.

No tenía derecho a preocuparse por las consecuencias de una confesión de tal magnitud. Era lo justo y lo único que podía hacer por el bien de quien la había tratado como a una hermana.

La expresión de Mina dejó de mostrar alarma para reflejar indignación. Se incorporó en el acto, sin importarle que alguien pudiera verla. La ira contrajo de nuevo sus puños, también sus labios. Soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Escúchame bien, cielo: he intentado orientarte, te he protegido, te he enseñado lo básico para sobrevivir en esta prisión y fuera —le recordó a Luna, en tono de reproche, justo antes de ayudarla a colarse, por fin, por la ventana del dormitorio de ambas—. Lo único que puedes hacer para devolverme el favor es callarte. Y ¡Dios sabe que lo harás! Ya serás libre de fustigarte por los males del mundo cuando estés aburrída en tu enorme cuarto rosado de la mansión de los Belmonte.

Luna ni siquiera se dio tiempo para analizar lo que le había dicho o su dureza, simplemente asintió. Al hacerlo se le escaparon, al fin, un par de lágrimas insumisas de los ojos, lágrimas que, como solía suceder, incomodaron a Mina.

—Yo tampoco quería recordar nuestro último día juntas como el peor en estos cinco años —añadió Mina, sentándose en su cama y lanzando sus zapatos, uno tras otro, contra la pared—. Pero, ¿sabes?, dicen que del amor al odio hay un paso y yo nunca he sentido amor por nada en este asqueroso lugar, así que imagínate lo que puede pasar si me quedo...

Mina no quería que sus palabras, su voz o su expresión, sonaran amenazadoras para Luna, pero así sucedió.

Acerca de la autora



Yolanda es una autora apasionada por dar voz a quienes el mundo a menudo silencia. Ha dedicado más de una década a investigar el *bullying*, sus desencadenantes y sus secuelas. Su interés por el comportamiento humano y las neurodivergencias la ha llevado a explorar diversas fuentes, incluyendo cursos en universidades como Harvard y Cambridge, así como consultas con expertos.

Madre de dos hijos y con una larga trayectoria en la administración, ha colaborado como voluntaria en asociaciones culturales y de bienestar social, entre ellas NACE, enfocada en el *bullying*.

En su saga Rassen de misterio, acción y romance, convierte el dolor en resiliencia, dando vida a personajes marginados que se levantan por sí mismos. Su objetivo es claro: que cada lector sienta que su lugar en el mundo es un derecho, no una conquista.